

TOMO XC · CUADERNO CCCII
JULIO-DICIEMBRE DE 2010

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Felipe IV, 4
28014 Madrid

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA

TOMO XC · CUADERNO CCCII
JULIO-DICIEMBRE DE 2010



SUMARIO

IGNACIO ARELLANO	
¿Es <i>El Gran Duque de Gandía</i> (Auto) de Calderón?	195-216
SARA GÓMEZ SEIBANE	
Diacronía del neutro de materia en el occidente Vizcaíno: características de los antecedentes y contextos sintácticos de aparición	217-239
LUIS IGLESIAS FEIJOO	
En torno al género novela en el Siglo de Oro	241-252
JUAN MONTERO	
Un soneto de Fernando de Herrera impreso en la <i>Segunda parte del Romancero General</i> (Valladolid, 1605). Estudio textual	253-263
PAUL O'NEILL	
Una explicación teórica de la defectividad verbal en la Lengua Española	265-289
ÍNIGO RUIZ ARZÁLLUZ	
Caminos de Petrarca en la España del siglo xv	291-310
NECROLOGÍA	
JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON	
Antonio Colino López: <i>in memoriam</i>	311-324
RESÚMENES Y DESCRIPTORES	325-330
RECENSIÓN DE LIBROS	331-342
INFORMACIÓN GENERAL	343-347
CONSEJO EDITORIAL	349
NORMAS DE PRESENTACIÓN DE ORIGINALES	351-352
ÍNDICE DEL TOMO XC	353-354
ANEJOS DEL BOLETÍN	355-357

CAMINOS DE PETRARCA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV

TOMO XC • CUADERNO CCCII • JULIO-DICIEMBRE DE 2010

AUNQUE más tarde el *Cancionero* solo hará cambiar el rumbo de toda la poesía europea y sus escritos latinos serán editados y leídos como los de los grandes clásicos de la antigüedad, es probablemente en las últimas décadas del XIV y durante todo el siglo XV cuando Petrarca —el conjunto de su obra y su personalidad misma— ejerce por todas partes una influencia más amplia y más fecunda¹. Esta fortuna anterior a la eclosión del petrarquismo por antonomasia tiene una historia complicada: su obra viajó por caminos muy diversos, porque también los escritos que la integran son muy diferentes entre sí (está el Petrarca latino y el Petrarca vulgar, desde luego, pero no es mucho menor la distancia que separa el *Africa* del *De remediis* o la que va de los *Rerum vulgarium fragmenta* a los *Triunfos*) y, quizá sobre todo, porque muchos de ellos suscitaban entonces intereses distintos y hasta contrapuestos. Por otro lado, el pertinaz prejuicio historiográfico de identificar la lectura de Petrarca con una adscripción —más o menos estricta— al mundo intelectual del humanismo introduce un factor de confusión a la hora de interpretar su presencia en un lugar o en un momento determinados. Esto último resulta particularmente peligroso en un caso como el de la España del siglo XV, no sé si por su propia naturaleza o por la de los anteojos con los que se la ha examinado en las últimas décadas: de ahí que, en las páginas que siguen, haya intentado situar la recepción hispánica de Petrarca sobre el telón de fondo que constituye la historia de su fortuna europea. Vaya por delante que lo que aquí presento es una visión de conjunto gravemente truncada *ab origine*, porque un verdadero panorama de la influencia de Petrarca en el siglo XV debería atender —por lo menos— a las dos facetas principales de lo que fue su actividad como hombre de letras: a la pervivencia de su propia obra, pero también al itinerario que siguieron los textos antiguos que puso en circulación. En efecto, el rastreo sistemático de la descendencia de los manuscritos que Petrarca hizo revivir traería seguramente alguna que otra sorpresa y añadiría más de un matiz a la caracterización y a la historia del primer humanismo español; y sospecho que,

¹ Abreviaturas: *IMU* = *Italia medioevale e umanistica*; *LI* = *Lettere italiane*; *QP* = *Quaderni petrarcheschi*; *SP* = *Studi petrarcheschi*. Una primera versión de este artículo fue presentada en el *Convegno internazionale di studi Petrarca nel mondo (Incisa in Val d'Arno, 19-20 giugno 2004)*, patrocinado por el Comitato Nazionale per le celebrazioni del VII centenario della nascita di Francesco Petrarca. (Proyectos de investigación EHU08/17 e IT486-10).

si algún día podemos saber algo —algo que no sean meras fantasías— sobre la influencia que Petrarca pudo tener *in vita* en la Península Ibérica, será a través del estudio de estos manuscritos².

Importa señalar que, en algunos aspectos relevantes —y en contra de lo que se ha dicho en más de una ocasión—, no parece que Petrarca llegara a España de una manera sustancialmente distinta a como llegó a otros países europeos. Como en todas partes, las que alcanzaron mayor y más temprana difusión fueron las obras morales —el *De remediis*, la historia de Griselda, el *De vita solitaria*...—, después fue el momento de los *Triunfos* y, finalmente, el del *Cancionero*³. Ni siquiera puede decirse que su obra —o el eco de su nombre— entrara especialmente tarde en la Península. Es cierto que el *De remediis* no se tradujo hasta principios del XVI —aunque Hernando de Talavera debiera haberlo hecho cincuenta años antes—⁴, pero no lo es menos que circuló desde bien pronto: aparece citado por primera vez en la *Apología* de Bernat Metge (1395), y el florilegio catalán titulado «Flors de Patrarcha de remey de cascuna fortuna» (núm. 11 Villar) es, en opinión de Nicholas Mann, «probably the earliest abridgement [sc. del *De remediis*] yet to have come to light»⁵; durante la primera mitad del XV lo encontramos en manos

² Para estas y otras cuestiones generales en las que no entro véase el *Apéndice* final. Adviértase, por lo demás, que un planteamiento como el que aquí se pretende habría sido imposible sin el libro de M. Villar, *Códices petrarquescos en España*, Padua, Antenore, 1995 («Censimento dei codici petrarcheschi», 11).

³ Sobre la universalidad de estos tres momentos en la recepción de Petrarca véase, simplemente, E. H. Wilkins, «A general survey of Renaissance petrarchism», en sus *Studies in the life and works of Petrarch*, Cambridge Mass., The Mediaeval Academy of America, 1955, págs. 280-299 (= *Comparative literature*, 11, 1950, págs. 327-342), F. Simone, «Note sulla fortuna del Petrarca in Francia nella prima metà del Cinquecento», *Giornale storico della letteratura italiana*, CXXVII, 1950, págs. 1-59, o N. Mann, «La vida después de la vida», en la «Introducción» a F. Petrarca, *Cancionero*, ed. J. Cortines, Madrid, Cátedra, 1989, págs. 112-120 (traducción española de su *Petrarch*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1984, págs. 105-113).

⁴ F. Rico, «Cuatro palabras sobre Petrarca en España (siglos XV y XVI)», en *Convegno internazionale Francesco Petrarca (Roma, Arezzo, Padova, Arquà-Petrarca 24-27 aprile 1974)*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1976, págs. 49-58; el prólogo de Hernando de Talavera a su traducción de las *Invective* (que presenta, hacia 1450, como «ensayo y experiencia de trabajo no pequeño que en la otra suya [sc. de Petrarca] mucho mayor [*De remedios*, conviene a saber, *de próspera y adversa fortuna*] me mandáis tomar, el cual no recuso») puede leerse en F. Petrarca, *Obras. 1. Prosa*, ed. F. Rico, Barcelona, Alfaguara, 1978, págs. 369-371, 370, y ahora en la edición de I. Scoma, Messina, Di Nicolò, 2000.

⁵ N. Mann, «Petrarch and the transmission of classical elements», en *Classical influences on European culture, a.D. 500-1500. Proceedings of an international conference held at King's College, Cambridge, april 1969*, ed. R. R. Bolgar, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, págs. 217-224, 218. Es también significativo —siempre por lo que respecta a la relativamente temprana y amplia difusión del *De remediis* en España— la existencia de otro florilegio, esta vez latino, de principios del s. XV que se nos ha conservado en dos manuscritos (núms. 75 y 85 Villar).

de muchos de los principales personajes de las letras hispanas, y es también significativo —ciertamente que en varios sentidos, algunos de ellos opuestos entre sí, al menos en apariencia— que la traducción italiana de Giovanni da San Miniato, acabada no mucho antes de 1427 y que no debió de tener una transmisión particularmente rápida⁶, estuviera ya —en copia realizada expresamente para él— en la biblioteca del Marqués de Santillana (núm. 78 Villar)⁷. También la historia de Griselda aparece muy pronto en España: Bernat Metge (ca. 1350-1413) la tradujo al catalán en 1388, hubo también varias versiones castellanas posteriores (una en los *Castigos y doctrinas que un sabio daba a sus hijas*, otra que aparece por primera vez dentro de un *Decamerón*, otra en la *Suma de todas las crónicas del mundo*) y, tanto en el latín de Petrarca como sobre todo en la versión catalana, tuvo una difusión temprana y relativamente amplia. Y lo mismo cabe decir del *De vita solitaria*: el catalán Guillem de Coll de Canes lo copia en Aviñón hacia 1377 (núm. 1 Villar); lo cita —junto con otras obras petrarquescas— el también catalán Pere Des-Pont en 1386; hay una traducción castellana anónima de la primera mitad del s. XV que, al parecer, circuló bastante por la Península (núms. 30, 46, 59, 66 —de la biblioteca del Marqués de Santillana— y 193 Villar)⁸; y, a lo largo de estas primeras décadas del siglo, encontramos el original latino en las bibliotecas de varios de los principales hombres de letras de los reinos hispánicos⁹. Fuera ya de los libros morales pero sin salirnos de la obra latina, no deja de ser relativamente sorprendente —y seguimos hablando solo de cronología— que Bernat Metge dé muestras inequívocas de conocer el *Secretum* —además de otras obras petrarquescas— antes del final del siglo XIV, o que, en los primerísimos años del Cuatrocientos, el valenciano Antoni Canals (?1350-1419?) traduzca al catalán dos amplios fragmentos del libro VII del

⁶ R. Bessi, «Note sul volgarizzamento del *De remediis utriusque fortune*», *QP*, IX-X, 1992-1993, págs. 629-639; para la transmisión véase también N. Mann, «The manuscripts of Petrarch's *De remediis*: a checklist», *IMU*, XIV, 1971, págs. 57-90.

⁷ No puede ser, por tanto, del «2nd or 3rd quarter» del s. XV, como lo describe Mann, «The manuscripts», pág. 90. También la traducción francesa de Jean Daudin circuló en algún momento por España: parece, en efecto, que un manuscrito de esta obra estuvo en El Escorial antes de principios del s. XVII (véase N. Mann, «La fortune de Pétrarque en France: recherches sur le *De remediis*», *Studi francesi*, XXXVII, 1969, págs. 1-15, II n. 2; sin embargo, no lo veo recogido en Villar).

⁸ Una parte se publicó en F. Petrarca, *Obras. I. Prosa*, págs. 349-368. En 1553 un tal 'licenciado Peña' (sobre cuya filiación erasmista véase Rico, «Cuatro palabras», pág. 58) publica una nueva versión, abreviada, del *De vita solitaria* (F. Petrarca, *Excelencia de la vida solitaria*, Madrid, Atlas, 1944), para la que ahora disponemos también del estudio de G. Mazzocchi - O. Perotti - A. Baldissera - A. Bresadola, «Sulla traduzione del *De vita solitaria* del licenciado Peña (Medina del Campo, 1553)», en *Francesco Petrarca, l'opera latina* citado en el *Apéndice* final, págs. 419-460.

⁹ En efecto, estaba —por partida doble: núms. 140 y 157 Villar— en la biblioteca de Alvar García de Santamaría y, por lo menos, en la memoria de su sobrino Alonso de Cartagena, de Enrique de Villena, del Marqués de Santillana, del Tostado o de don Pedro de Portugal.

Africa; y es también un dato digno de tenerse en cuenta que se copió ex profeso para el Marqués de Santillana un ms. con la versión italiana del *De viris illustribus* hecha por Donato degli Albanzani (núm. 78 Villar). En fin, la presencia de la poesía en vulgar se documenta en época bastante anterior a lo habitual en el resto de Europa¹⁰: Jordi de Sant Jordi († 1424), Andreu Febrer (1375-1444) y Ausias March (1397-1459), en las primeras décadas del siglo xv, conocen al menos algunas rimas de los *Rerum vulgarium fragmenta*; es muy probable que fuera Enrique de Villena (¿1382?-1434) quien, en torno a 1428, copió y tradujo «Non Tesin, Po, Varo» (*RVF*, CXLVIII; núm. 69 Villar)¹¹; el Marqués de Santillana (1398-1458) tenía en su biblioteca un manuscrito (núm. 67 Villar) con casi cien piezas del *Cancionero*, y es seguro que conocía bastantes más, además de los *Triunfos*; y ahora sabemos también —gracias a Milagros Villar— que don Pedro de Portugal (1429-1466) tuvo un manuscrito que contenía los *Triunfos*, muy probablemente precedidos de los *Rerum vulgarium fragmenta* (núm. 180 Villar). Estoy trayendo aquí los casos más significativos y algunos de los nombres más importantes de las literaturas catalana y castellana del siglo xv: obviamente, los manuscritos con obras de Petrarca y los autores que demuestran haberlos leído fueron bastantes más, y quien quiera puede echar mano

¹⁰ Compárese el panorama que dibuja Mann: «no single piece of manuscript evidence has yet been found to prove that Petrarch's Italian lyrics were in circulation outside Italy before the last quarter of the xvth century», con la excepción de Chaucer, de tal manera que «until translations of the *Trionfi* begin to appear in France in the 1470s, there is no concrete evidence of Petrarch's success as a vernacular poet outside Italy» (N. Mann, «Petrarch and humanism: the paradox of posterity», en *Francesco Petrarca citizen of the world. Proceedings of the world Petrarch congress, Washington D.C., april 6-13, 1974*, ed. A. S. Bernardo, Padua y Nueva York, Antenore y State University of New York, 1980, págs. 287-299, 288).

¹¹ Publicado por primera vez en D. C. Carr, «A fifteenth-century Castilian translation and commentary of a petrarchan sonnet: Biblioteca Nacional, ms. 10.186, folios 196r-199r», *Revista canadiense de estudios hispánicos*, v, 1981, págs. 123-143 (ahora puede leerse en E. de Villena, *Obras completas*, ed. P. M. Cátedra, Madrid, Turner, 1994, I, págs. 371-379); y también, sobre el mismo particular, F. Rico, «El nuevo mundo de Nebrija y Colón. Notas sobre la geografía humanística en España y el contexto intelectual del descubrimiento de América», en sus *Estudios de literatura y otras cosas*, Barcelona, Destino, 2002, págs. 179-213, 182-186 (originalmente en *Academia literaria renacentista*, III, *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España*, ed. V. García de la Concha, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1983, págs. 157-185, 159-163, y, en italiano y con alguna variante significativa, «Il nuovo mondo di Nebrija e Colombo. Note sulla geografia umanistica in Spagna e sul contesto intellettuale della scoperta dell'America», en *Vestigia. Studi in onore di Giuseppe Billanovich*, ed. R. Avesani, M. Ferrari, T. Foffano, G. Frasso y A. Sottili, Roma, Storia e Letteratura, 1984, págs. 575-607, 577-581). Naturalmente, para lo que ahora nos ocupa es lo de menos cuál sea el interés de Villena por *RVF*, CXLVIII, o hasta qué punto lo haya entendido: aquí basta constatar la mera presencia de una pieza del *Cancionero* en una fecha tan temprana; sobre otras implicaciones de la actitud de Villena véase, más abajo, la nota 16, y J. Rubio Tovar, «El soneto CXLVIII de Petrarca traducido por Enrique de Villena: ¿original o traducción?», *Cuadernos de filología italiana*, XII, 2005, págs. 87-102.

del libro de Villar o, para lo segundo, internarse en las prolijas listas del benemérito Arturo Farinelli, de cuya erudición dependemos todavía para muchos aspectos de la historia de Petrarca en España.

Así pues, no hubo un retraso significativo que afectara regularmente a la obra latina y, por lo que hace a la obra en vulgar, no hay más remedio que admitir que su presencia en España fue notablemente anterior a la del resto de Europa. Apresurémonos a señalar que muchos de estos primeros lectores eran totalmente ajenos a los presupuestos intelectuales del humanismo y que no comprendieron, por tanto, aspectos esenciales de la obra de Petrarca¹². Sin embargo, no es menos cierto que en las demás tradiciones europeas sucedía tres cuartos de lo mismo. Por ejemplo, esa tempranísima antología titulada «Flors de Patrarcha de remey de cascuna fortuna» delata, en su compilador y en sus lectores, una actitud y unos modales que están en los antípodas de los de Petrarca: pero no eran muy distintos los epítomes y las antologías que, a lo largo del siglo XV, fueron fabricándose en otras latitudes con la materia prima del *De remediis*¹³. Y se diría que algo similar sucede con el Petrarca vulgar: muchos de aquellos precoces lectores del *Cancionero* fueron incapaces de ver en su poesía otra cosa que los ecos del mundo de los trovadores; pero es más de lo que cabe afirmar sobre su fortuna en el resto de Europa. Estas semejanzas —nada despreciables— entre la difusión de las obras petrarquescas en tierras españolas y la que se dio en los países vecinos constituyen el marco en el que hay que encuadrar las no muy pronunciadas peculiaridades de su recepción hispana. En efecto, Petrarca llegó a España principalmente por dos caminos: de un lado, y como en todas partes, por la vía de la tradición filosófico-moral

¹² Véase, simplemente, F. Rico, «Petrarca y el 'humanismo catalán'», en sus *Estudios de literatura*, págs. 147-178 (originalmente en *Actes del sisè col·loqui internacional de llengua i literatura catalanes, Roma, 28 setembre - 2 octubre 1982*, ed. G. Tavani i J. Pinell, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1983, págs. 257-291), y complétese —para el caso particular de Antoni Canals, y siempre en torno a la cuestión del 'humanismo'— con Id., «Antoni Canals y Petrarca. Para la fecha y las fuentes de *Scipió e Anibab*», en *Miscel·lània Sanchis Guarner*, ed. A. Ferrando, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1992, III, págs. 53-63 (segunda edición de la publicada en Valencia, Universitat de València, 1984, págs. 285-288).

¹³ Sobre las antologías y resúmenes del *De remediis* véase Mann, «Petrarch and the transmission». Pero, en realidad, no hace falta descender a este tipo de obras para constatar una lectura banal del *De remediis*, es lo normal también entre aquellos autores que demuestran conocer directamente la obra de Petrarca: «quand on en vient à analyser le caractère moral des emprunts faits par ces divers écrivains —et cela non seulement en France, mais partout en Europe— on est surtout frappé par le ton plutôt impersonnel des préceptes choisis, sentences qui n'ont pour la plupart que peu de ressemblance avec ce mélange assez original de pensée stoïcienne et chrétienne qui est caractéristique du *De remediis*. Tout se passe comme si, selon la formule de M. Ornato, "la ricchezza spirituale del Petrarca non fece che inserirsi in uno schema alquanto tradizionale"» (Mann, «La fortune de Pétrarque en France», pág. 9). Puede que el *De remediis* sea un caso extremo, pero no hay duda de que algo similar fue lo que sucedió con las demás obras morales de Petrarca.

—previa y ajena, en principio, al movimiento humanístico—; de otro lado por la vía del italianismo, que desde el final del siglo XIV está presente en la Península Ibérica con mayor intensidad que en ningún otro lugar de Europa. No puede sorprendernos que apenas se diera una vía estrictamente humanística a través de la cual Petrarca fuera reclamado y leído en España como un nuevo modelo cultural y, muy en particular —con todos los matices que se quiera—, como un nuevo modelo retórico y filológico¹⁴.

Obviamente, no es que los nuevos modos humanísticos sean identificados como una corriente esencial o exclusivamente italiana, sino que vienen arrastrados (sin que, por tanto, sean buscados —ni, en general, percibidos— por sí mismos) junto con los autores y los libros italianos, humanísticos o no, que constituyen la moda del momento. Así, nos costará encontrar a un autor español del siglo XV en el que se haya certificado la presencia de Petrarca que no acuse al mismo tiempo, y casi siempre en igual medida —si no mayor—, la influencia de Dante o Boccaccio¹⁵: empezando por Enrique de Villena y siguiendo, naturalmente, por el Marqués de Santillana y Juan de Mena (1411-1456)¹⁶. O, visto desde una perspectiva

¹⁴ Encuentro que resulta un término de comparación interesante —por muy diferente que sea del caso español— el panorama reconstruido por A. Sottili: véanse sobre todo *I codici del Petrarca nella Germania occidentale*, Padua, Antenore, 1971, I, págs. 1-9; «Il Petrarca e l'Umanesimo tedesco», *QP*, IX-X, 1992-1993, págs. 239-291; «Il Petrarca nella cultura tedesca del Quattrocento», en el volumen *Dynamique d'une expansion culturelle. Pétrarque en Europe* citado en el *Apéndice* final, págs. 595-622; y «Zur Verbreitung von Petrarca-Handschriften im Deutschland des 15. Jahrhunderts», en *Francesco Petrarca 1304-1374. Werk und Wirkung im Spiegel der Biblioteca Petrarquesca Reiner Speck*, hrsg. von R. Speck und F. Neumann, Colonia, Dumont, 2004, págs. 211-226.

¹⁵ Si acaso, en cierta poesía de cancionero: véase ahora, a este propósito, B. Morros Mestres, «Manrique y Petrarca. Estudios del petrarquismo en la literatura del siglo XV», *Medioevo romanzo*, XXIX, 2005, págs. 132-156, y la bibliografía que cita.

¹⁶ Sobre esta y otras muchas cuestiones relacionadas con lo que aquí nos ocupa véase Á. Gómez Moreno, *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994, con abundante bibliografía; para el caso particular —pero fundamental en este punto— de Dante puede partirse de J. Arce, «Spagna», en *Enciclopedia Dantesca*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1984 (1.ª ed. 1976), V, págs. 355-362, y la bibliografía ahí aducida (y, más en general, de Id., *Literaturas italiana y española frente a frente*, Madrid, Espasa Calpe, 1982); importa igualmente —aunque sobre todo para una época posterior— M. L. López Vidriero - E. Santiago Páez, «Dante, Petrarca e Boccaccio in castigliano: i rapporti fra Italia e Spagna nella stampa e nell'illustrazione del libro», en *La stampa in Italia nel Cinquecento. Atti del convegno Roma 17-21 ottobre 1989*, ed. M. Santoro, Roma, Bulzoni, 1992, II, págs. 719-742. Es ilustrativo, una vez más, el caso de la traducción de *RVF*, CXLVIII, supuestamente de Enrique de Villena (véase, más arriba, la nota 11): no es casualidad que el soneto original, la traducción castellana y el comentario estén copiados a continuación del texto italiano de la *Comedia* acompañado por la traducción de don Enrique (núm. 69 Villar); Julian Weiss lo ha explicado inmejorablemente: «The translation and commentary also help us to recognize the importance of Italy in shaping the attitudes to literature current in the noble courts of Castile. In

opuesta, resulta muy significativo que la presencia o la ausencia de la obra o del nombre de Petrarca no caracterice a ninguna de las corrientes que pueden distinguirse en las letras hispanas de la época en función —por ejemplo— de su mayor o menor proximidad a las innovaciones de los humanistas¹⁷. En efecto, el Petrarca que llega por esta vía viene siempre acompañado por el eco del omnipresente canon de las tres coronas florentinas que, en la época de su máximo apogeo, se presenta todo él como un ideal estético: así —Santillana es el ejemplo perfecto, pero no el único—, el *Triumphete de Amor* presupone la falsilla del *Triumphus Cupidinis*, los sonetos ‘al itálico modo’ parten del *Cancionero*, la *Comedieta de Ponza* y el *Infierno de los enamorados* remiten a la *Comedia* de Dante, etc. (y es obvio que la repetición del sufijo apunta hacia lo mismo: *triumphete, comedieta*)¹⁸. Con otras palabras: la

fact, viewed as a whole, this manuscript, its contents, and its ownership symbolize the nature and direction of that shaping force. First and foremost it is a manuscript of Dante. [...] Finally, the very position within the manuscript occupied by the petrarchan commentary is significant. Copied out at the end, it forms an emblematic coda for the literary aspirations embodied by the *Divina commedia*. It further illustrates how Petrarch, as a poet, was carried into the Castilian literary awareness as it were on the back of Dante, the philosopher-poet *par excellence*» (J. Weiss, «“La affezione poetical virtuosa”: Petrarch’s sonnet 116 as poetic manifesto for fifteenth-century Castile», *Modern language review*, LXXXVI, 1991, págs. 70-78, 77-78).

¹⁷ Por ejemplo, encontramos lectores de Petrarca —reales o ficticios, para el caso, tanto da— en cada uno de los tres grupos que distingue Serés en función de su afición o rechazo al clasicismo que propugnaba el humanismo italiano: G. Serés, «Juan de Mena y el ‘pre-renacimiento’», en Juan de Mena, *Laberinto de fortuna y otros poemas*, ed. C. de Nigris, Barcelona, Crítica, 1994, págs. ix-xxxii, xv-xix.

¹⁸ Por cierto que en este contexto, en estos decenios centrales del siglo xv repletos de ‘triumfos’, ‘comedietas’, ‘infiernos’ y demás, no es difícil que el título —y seguramente la idea misma— de la *Coronación de mosén Jordi* del propio Santillana, además de a la *Amorosa visione*, debiera algo también al conocido episodio de la biografía de Petrarca. De ser así, resultaría muy representativo de cierta clase de influencia ejercida, no ya por la obra, sino por la biografía y por la figura misma de Petrarca. Y tampoco sería raro que hubiera colaborado en ello la abundante iconografía petrarquesca: sin ir más lejos, dos de los manuscritos del Marqués (núms. 78 y 79 Villar) contienen sendos retratos de Petrarca coronado de laurel. (Véase al respecto J. B. Trapp, «The iconography of Petrarch in the age of Humanism» e «Illustrated manuscripts of Petrarch’s *De remediis utriusque fortunae*», ahora en sus *Studies of Petrarch and his influence*, Londres, The Pindar Press, 2003, págs. 1-117 y págs. 118-170 respectivamente). Por otro lado, se diría que abonan la hipótesis estas palabras de Juan Rodríguez del Padrón referidas a Santillana, a Mena o a ambos: «E así de un poeta, aunque a Omero e a Publio Maro pase en elocuencia, non traerá la laureola fasta que el príncipe, a quien pertenesçe de le dar laurel o yedra, segund fueron los antiguos, e Petrarca en nuestra hedad, sea laureado. Onde no poco ofenden la magestad del príncipe algunos poetas vulgares que de su propia abtoridad a otros coronan» (*Cadira de onor*, apud M. R. Lida, «Juan Rodríguez del Padrón: vida y obras», en sus *Estudios sobre la literatura española del siglo xv*, Madrid, Porrúa, 1977, págs. 21-144, 25-26). Sobre el episodio de la coronación de Petrarca en el Capitolio, recogido invariablemente en cuantas biografías y noticias de toda índole circulaban sobre él, véase E. H. Wilkins, *Vita del Petrarca e La formazione del «Canzoniere»*, Milán, Feltrinelli, 1987 (ed. orig. 1961 y 1951 respectivamente), págs. 43-48.

obra de Petrarca es percibida como parte de una entidad mayor, y es esa entidad mayor la que se propone como modelo. Del mismo modo, y fuera de todo esto, el relativo declive que se ha detectado en la presencia de Petrarca en España durante la segunda mitad del siglo XV se explica perfectamente a partir de la comprensión del petrarquismo como faceta del italianismo, pues también en Italia la fortuna de la obra de Petrarca, tanto latina como vulgar, es en estas décadas centrales del siglo más pobre de lo que había sido y de lo que iba a ser¹⁹; y quizá también tenga algo que ver con todo esto el hecho —supuestamente llamativo— de que los poetas de la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo no den mayores muestras de una influencia petrarquesca. Así pues, para todos estos autores la obra de Petrarca era una cara más de la moda italiana, que en las letras hispanas ejerció una influencia más intensa y más duradera que en ninguna otra tradición europea.

Las obras morales de Petrarca son, desde luego, algo distinto de los escritos que conforman la tradición filosófico-moral de las décadas y de los siglos anteriores; pero lo cierto es que rara vez se entendieron plenamente y que, por el contrario, casi siempre se leyeron sin reparar en sus aspectos más innovadores —cuando no se usaron como meras fuentes de sentencias y *exempla*—: algo que, por lo demás, el mismo Petrarca había previsto y que, por supuesto, se dio por igual en toda Europa y con contadas excepciones²⁰. Así, estas obras de Petrarca tenían su propio público en los muchos lectores habituales de dicha filosofía moral: de estos eran Alvar García de Santa María († 1460) y su sobrino Alonso de Cartagena (ca. 1384-1456), el Arcipreste de Talavera (1398-1468), Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470), el Tostado (ca. 1410-1455), Hernando de Talavera (ca. 1428-1507), Francisco de Madrid (ca. 1470-1510)... y también Vives, el Brocense o Quevedo²¹. Naturalmente, este y no otro es el hábitat en el que nace y crece la mayoría de los adeptos a los movimientos espirituales que preceden o acompañan a las distintas

¹⁹ Sobre la fortuna de Petrarca en Italia —una cuestión menos obvia de lo que suele creerse— véase G. Billanovich, *Petrarca letterato. 1. Lo scrittoio del Petrarca*, Roma, Storia e Letteratura, 1947 (= 1995), págs. 388-391 y 413-419; Wilkins, «A general survey»; y C. Dionisotti, «Fortuna del Petrarca nel Quattrocento», *IMU*, xvii, 1974, págs. 61-113.

²⁰ Es algo sobradamente comprobado gracias, principalmente, a los estudios de N. Mann: a los ya citados se debe añadir «Petrarch's role as moralist in fifteenth-century France», en *Humanism in France at the end of the Middle Ages and in the early Renaissance*, ed. A. H. T. Levi, Manchester, Manchester University Press, 1970, págs. 6-27. (Sobre el caso francés en particular, pueden verse los matices que propone D. Cecchetti, «Petrarca in Francia prima del petrarchismo: un mito polemico», *Franco-Italica*, xi, 1997, págs. 7-31).

²¹ Es probable que deba situarse ya en el siglo XVI la traducción anónima de los *Psalmi penitenciales* que se encuentra en Madrid, BNE, 7806, núm. 52 Villar: véase últimamente P. Pintacuda, «Una traduzione spagnola dei *Salmi penitenziali* petrarcheschi: studio ed edizione», en *Francesco Petrarca, l'opera latina: tradizione e fortuna*, citado en el *Apéndice* final, págs. 391-418.

versiones de la Reforma y al erasmismo y, por tanto, no debe sorprendernos en absoluto —una vez que Francisco Rico nos lo ha puesto delante de las narices— la importante presencia que tuvieron, en España y en toda Europa, en la lectura y en la difusión de la obra moral de Petrarca; en efecto, estaba justificada por partida doble: porque, como queda dicho, esta tradición de la filosofía moral era su medio natural, y porque algunos aspectos de la obra de Petrarca —justamente los que no solía advertir el común de los lectores— estaban en particular consonancia con las innovaciones que propugnaban aquellos reformistas. No es de extrañar, por tanto, que encontremos al mismo Petrarca moral en un ortodoxo irreprochable como Alonso de Cartagena y en un erasmista confeso como el misterioso ‘licenciado Peña’ que traduce, en pleno siglo XVI, el *De vita solitaria*²².

La vía estrictamente humanística de la que hablábamos antes apenas se da en España. Por ejemplo, no encontramos nada comparable a esas antologías típicamente universitarias con las que topamos por esta misma época en otros lugares, con la posible excepción de Pere Miquel Carbonell (1434-1517) (núm. 28 Villar). Pero, sobre todo, carecemos de testimonios que demuestren siquiera una cierta admiración por el latín de Petrarca²³: casos como el del valenciano Joan Serra (fl. 1435-1458) (o quienquiera que sea el que escribió aquellas glosas que a Vittorio Rossi le parecieron del «più dotto lettore [...] che abbia lasciato tracce di sè sui margini d’un codice delle *Familiari*») o el del salmantino Giacomo Publicio (fl. 1458-1470), que desarrollaron toda su carrera fuera de la Península Ibérica, lejos de ser una excepción a la regla son su confirmación más clamorosa²⁴. Desde luego,

²² Sobre la presencia del Petrarca moral entre quienes muestran afinidades con las diversas corrientes más o menos reformistas y, más adelante, entre los propios erasmistas, véase Rico, «Cuatro palabras». (A este respecto, resulta un tanto desconcertante P. E. Russell, «Francisco de Madrid y su traducción del *De remediis* de Petrarca», en *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Granada, Universidad de Granada, 1979, III, págs. 203-220). Una visión de conjunto sobre todo esto puede verse en F. Rico, «De Erasmo a Petrarca», en su *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Barcelona, Destino, 2002 (1.ª ed. 1993), págs. 126-152.

²³ Para el caso de Bernat Metge me limito a remitir al codicilo de 2002 en Rico, «Petrarca y el ‘humanismo catalán’», págs. 176-177, así como a los trabajos que cito en el *Apéndice final*; añádase ahora S. M. Cingolani, «Un geniale lettore di Petrarca: Bernat Metge», *SP* n.s., xv, 2002, págs. 187-219.

²⁴ La cita es de V. Rossi, «Introduzione», en su edición de F. Petrarca, *Le familiari*, Florencia, Sansoni, 1933 (= 1968, 1997), I, págs. ix-clxxii, xxxi; la atribución de las glosas al entorno de Joan Serra se debe a Rico, «Cuatro palabras», pág. 51. Sobre Serra y Publicio véanse A. Sottili, «Note biografiche sui petrarchisti Giacomo Publicio e Guiniforte Barzizza e sull’umanista valenziano Giovanni Serra», en *Petrarca. Beiträge zu Werk und Wirkung*, ed. Fr. Schalk, Frankfurt, Klostermann, 1975, págs. 270-286, Id., *Giacomo Publicio, ‘Hispanus’, e la diffusione dell’Umanesimo in Germania*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1985, y, ahora, M. Vilallonga, «Aproximació a la vida i a l’obra de l’humanista valencià quatrecentista Joan Serra», en *Actes del XIII simposi de la secció catalana de la*

nada más previsible. Durante la mayor parte del siglo xv, los hombres de letras de los reinos hispánicos no estaban en situación de comprender las enseñanzas más innovadoras de la obra de Petrarca: en gran parte por aquella débil latinidad —en calidad pero también en cantidad— que en España fue un mal endémico durante mucho tiempo²⁵. Por la misma razón, la difusión hispana de la poesía latina de Petrarca y de sus epistolarios fue menor que en otras partes de Europa, y tampoco tuvo ningún papel en la historia de dichos géneros —cuando se dieron—. Un rápido vistazo a los manuscritos petrarquescos conservados nos muestra también que, con la excepción —relativa— de las obras morales, su difusión se detuvo en la reducida élite que se mantenía más o menos *à la page* de lo que se hacía en Italia²⁶: es muy significativo que la inmensa mayoría de los manuscritos conservados actualmente en España sea de origen italiano, con la excepción casi única de los manuscritos del *De remediis* (entre los que, por cierto, abundan de manera llamativa los de origen catalán)²⁷. Y para cuando en España empezaron a darse las condiciones que hubieran permitido una lectura más fecunda —o sea, para cuando Nebrija abre «tienda de la lengua latina» (1492)—, la pelota del humanismo estaba en otro tejado y las obras de Petrarca ‘*vix erant in manibus*’, tanto menos cuanto más estricta fuera la observancia humanística.

En todas las épocas —desde luego en la nuestra y en la de Petrarca pero, en cualquier caso, en la que aquí más nos importa ahora— hay autores o libros cuyo uso se trata de ocultar, y autores o libros que se nombran a toda costa, venga o no a cuento, se hayan leído o se conozcan solo de oídas. No pocas veces al filólogo

SEEC (Tortosa 15-18 d'abril 1998), Tortosa, Ajuntament de Tortosa, 1999, págs. 317-321, y J. Benavent, «Joan Serra, humanista valencià de la cort de Nàpols», en «*Litterae humaniores*». *Del Renacimiento a la Ilustración. Homenaje al profesor José María Estellés*, ed. F. Grau Codina, J. M. Maestre Maestre y J. Pérez Durà, Valencia, Universitat de València, 2009 (Anejo núm. 69 de *Quaderns de filologia*), págs. 75-86.

²⁵ Véase el panorama que se dibuja en F. Rico, *Nebrija frente a los bárbaros. El canon de gramáticos nefastos en las polémicas del humanismo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1978, págs. 29 y sigs. pero, en realidad, *passim*.

²⁶ «Los encuentros de los españoles con el humanismo de Petrarca, Bruni o Vergerio, hasta el último tercio del siglo xv, no fueron fecundos —cuando lo fueron— sino a escala individual, o si acaso en cenáculos limitados: limitados, digo, en doble sentido, tanto para la recepción cuanto en la difusión de las *litterae humaniores*. El humanismo sólo podía tener repercusión profunda si su núcleo constitutivo —el acceso a todos los saberes a través de la *eloquentia* clásica— se ofrecía en la adecuada formulación pedagógica y en el aula de enseñanza» (Rico, *Nebrija*, pág. 99).

²⁷ Ciertamente —lo hemos visto casi en cada una de las páginas precedentes—, la fortuna de Petrarca en tierras de habla catalana tuvo peculiaridades muy marcadas. Otra cosa es el papel que haya podido tener en la recepción de Petrarca la frontera entre el reino de Aragón y el de Castilla, es decir, si dicha frontera sirvió para unir o para separar, principalmente tras el Compromiso de Caspe (1412), que es la época que aquí nos interesa.

suele costarle Dios y ayuda atestiguar la presencia de los primeros —florilegios, repertorios, enciclopedias...—; en cambio, en el caso de esos autores o de esas obras que es de buen tono citar, su labor suele ser exactamente la inversa: ya que *negativa non probanda*, estará obligado a dudar por sistema de tales alardes eruditos. Petrarca fue siempre un autor de enorme prestigio: al menos dentro de los límites de las literaturas hispánicas, son raros los casos en los que la filología ha podido constatar la presencia del Petrarca latino en un autor que no haya declarado expresamente dicha influencia²⁸; viceversa —y esto sí que se ha señalado más de una vez—, son legión los que lo citan sin que parezca que lo hayan tenido nunca entre sus manos. Pero, a partir de cierto momento, Petrarca se convierte en un clásico; es decir, no simplemente en un autor importante que viste mencionar de vez en cuando, sino en un clásico en el sentido en el que lo eran Cicerón o Virgilio: se ha solido citar la edición de Basilea de 1496 como la prueba material de esta nueva posición²⁹. Y esto constituye también una vía de penetración, distinta de las que hemos mencionado anteriormente. Encuentro que el caso de

²⁸ Apenas se me ocurre otro ejemplo que el del *Tirant* —véase el *Apéndice* final—. Merece la pena destacar, dentro del campo de la historiografía, el caso de Joan Margarit (1421-1484), que a la hora de escribir los capítulos correspondientes a Julio César en el libro noveno de sus *Paralipomena* se sirve muy principalmente del *De gestis Caesaris* petrarquesco —que para él, quizá también para Petrarca, forma parte del *De viris illustribus*—; lo significativo es que no solo utiliza el *De gestis* a la par que las fuentes antiguas disponibles (la obra del propio César, el *Bellum Hispaniense*, Suetonio, Floro, Orosio, etc.), sino que se complace en aducir su testimonio una y otra vez: «quae Franciscus Petrarca lucidius et explanavit et abbreviavit in libro de viris illustribus cum vitam et gesta Caesaris latius descripsisset», «quam Franciscus Petrarca in libro de viris illustribus adeo compressit [...]», «secundum Petrarcam, quamquam Anneus Cirtius et Iulius Celsus [...] de hoc nullam faciant mentionem», «Petrarcha vero in libro de viris illustribus [...]» (apud M. Conde Salazar, «La obra y la biografía de Julio César en los *Paralipomenon Hispaniae libri x* de Joan Margarit», *eHumanista*, XIII, 2009, págs. 14-37). Por lo demás, Margarit debía de ser muy devoto de Petrarca, porque sabemos que tenía en su biblioteca no solo el *De viris* sino también por lo menos un *De remediis* y los *Triunfos*: núms. 142, 148 y 181 Villar. Sobre la posición —excepcional— de Margarit en la historiografía hispana de la época, y también sobre otras posibles fuentes petrarquescas de los *Paralipomena*, sigue siendo obligado R. B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo xv*, Madrid, Gredos, 1970, especialmente págs. 151-182; véase también ahora Ll. Lucero Comas, «El *Paralipomenon Hispaniae* de Joan Margarit i els humanistas italians», en *Literatura i cultura a la Corona d'Aragó (segles XIII-XV). Actes del III Col·loqui «Problemas i mètodes de literatura catalana antiga»* (Universitat de Girona, 5-8 juliol de 2000), ed. L. Badia, M. Cabré i S. Martí, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2002, págs. 271-284.

²⁹ «La situazione muta dopo l'apparizione a Basilea nel 1496 della prima complessiva raccolta delle opere latine del Petrarca. L'idea stessa di una tale raccolta, cioè l'applicazione ad un autore moderno del procedimento in uso per i maggiori classici (ma si noti che posteriore, del 1498-1499, è il Cicerone del Minuziano), ancora aveva il sapore aspro della novità. Nessuno aveva pensato a raccogliere le opere del Brunetti, di Poggio, di Biondo, del Valla, opere che pur avevano avuto singolarmente, e a volte anche aggruppate, grande fortuna» (Dionisotti, «Fortuna del Petrarca», pág. 64).

La Celestina (¿1499?) es un ejemplo perfecto —y, sin duda, el más importante— de esta peculiar manera de fortuna. En efecto, Petrarca ocupa un lugar único en la parte que corresponde a Fernando de Rojas († 1543)³⁰: el prólogo entero está construido en torno a un pasaje del prefacio al libro segundo del *De remediis*, es la única autoridad que se cita expresamente en toda la obra y, sobre todo, es a sus obras a donde Rojas recurre con mayor frecuencia para salpicar el texto de *La Celestina* de las muchas sentencias y anécdotas que lo adornan. Pero he aquí que Florentino Castro Guisasola, uno de los estudiosos que más ha contribuido al conocimiento de las fuentes de *La Celestina*, descubrió a principios del siglo XX que la inmensa mayoría de las citas petrarquescas aducidas por Fernando de Rojas provenía precisamente del copioso índice de aquella edición de Basilea de 1496... La cuestión que se plantea entonces es obvia: ¿hasta qué punto el recurso a la obra de Petrarca responde a una simpatía entre el pesimismo del autor de *La Celestina* y el estoicismo cristiano de Petrarca?, ¿hasta qué punto no se sirvió de ella Rojas —en mayor o menor medida— como de un simple florilegio? Por si esto fuera poco, un descubrimiento relativamente reciente hace que la cuestión se nos plantee de un modo más acuciante: en la parte que corresponde al ‘antiguo autor’ hay también un buen número de citas de autores clásicos entre los que destacan Aristóteles y Séneca; pues bien, después de muchas elucubraciones en torno al aristotelismo y, sobre todo, el senequismo del ‘antiguo autor’, he aquí que nos percatamos de que absolutamente todas las citas antiguas que aparecen en este acto primero —incluidas por tanto las de Aristóteles y Séneca— proceden de un florilegio escolar conocido como *Auctoritates Aristotelis*... Y Rojas sentía gran admiración precisamente por la habilidad que mostraba el ‘antiguo autor’ en el uso de las sentencias: «...quienquier que fuese, es digno de recordable memoria por la sutil invención, por la gran copia de sentencias entrejeridas que so color de donaires tiene. Gran filósofo era», dice en un a modo de prólogo. Puede ser que haya muchos elementos en común entre la visión del mundo de *La Celestina* y el estoicismo de Petrarca y, sin duda, Fernando de Rojas se sintió reflejado en muchas

³⁰ Recuérdese que Rojas, según su propio testimonio y según también la inmensa mayoría de los estudiosos modernos, continúa una obra que ha encontrado anónima e inacabada: la parte del ‘antiguo autor’ —aproximadamente una quinta parte del total de *La Celestina*— está contenida en el primer acto. Sobre todo esto véase Fernando de Rojas (y ‘antiguo autor’), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. F. J. Lobera y G. Serés, P. Díaz-Mas, C. Mota e Í. Ruiz Arzálluz, y F. Rico, Barcelona, Crítica, 2000, particularmente el capítulo sobre «Género y fuentes», págs. xcii-cxxiv. Para la presencia en *La Celestina* del índice de la edición de Petrarca de 1496 y de las *Auctoritates Aristotelis*, a la que me refiero unas líneas más abajo, véanse F. Castro Guisasola, *Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina»*, Madrid, Revista de Filología Española, 1924 (= 1973), págs. 138-142 e Í. Ruiz Arzálluz, «El mundo intelectual del ‘antiguo autor’: las *Auctoritates Aristotelis* en la *Celestina* primitiva», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXVI, 1996, págs. 265-284.

de las sentencias que extrajo de las páginas de aquel; pero a los partidarios del petrarquismo de Rojas les costará probar que, sin Petrarca, *La Celestina* habría sido una obra esencialmente distinta. A la vista de esta forma de influencia de que gozó Petrarca —no, en cambio, Dante ni Boccaccio—, no tenemos más remedio que poner los pies en el suelo y pensar que Fernando de Rojas echó mano del nombre de Petrarca y del poderoso y sin duda nada barato volumen basilense aún recién salido de la imprenta —no es un dato despreciable— con la intención principal de dar una apariencia respetable y, al mismo tiempo, *à la dernière*, a una obra que, por cierto, estaba bien necesitada de lo primero. Lo cual, huelga decirlo, no le resta un ápice de genialidad.

* * *

La de la fortuna de Petrarca es una historia con muchas caras: no podía ser de otro modo, porque también la obra de Petrarca lo es —en una medida poco común— y porque su difusión, en España y en el resto de Europa, estuvo sujeta en buena parte a la estima de la que era objeto en un ambiente intelectual muy diferente, a saber, en Italia. No sé si en contra de lo que podría esperarse pero, desde luego, en contra de lo que se ha dicho en más de una ocasión, ni la llegada de Petrarca a España es particularmente tardía, ni puede decirse que sean privativas del caso español la manera superficial en la que se entendieron muchas de sus obras o la exigüidad de esa lectura estrictamente ‘humanística’. Creo que simplifica bastante las cosas la constatación de que, fuera de la tradición filosófico-moral arriba mencionada, la obra tanto latina como vulgar de Petrarca —así como su propia ‘fama’, a veces no menos influyente que la obra misma— llegó casi exclusivamente por la vía del italianismo, que en los reinos hispánicos fue probablemente más intenso que en ninguna otra parte. Por otro lado, nada más previsible que la escasa difusión de la poesía latina y de los epistolarios, porque una de las características más destacadas del siglo xv español es precisamente su débil latinidad, tanto en calidad —se ha señalado más arriba— como en cantidad. En este punto, los manuscritos conservados hablan alto y claro: si hubo una élite capaz de entender o siquiera sospechar lo que, en este punto esencial, suponía la obra de Petrarca, faltaba la masa crítica que permitiera que aquello cristalizara en algo más. Y tener presente que a finales del siglo xv el Petrarca latino se convierte en un autor clásico a la manera de los clásicos de la antigüedad —es decir, de aquellos antiguos que, además, eran usados como clásicos— puede evitarnos interpretaciones excesivamente optimistas y, en cualquier caso, erróneas.

Creo que el divorcio definitivo entre el Petrarca latino y el Petrarca vulgar no se da hasta el surgimiento de ese petrarquismo *kat'exokhén* a principios del siglo xvi: desde luego, también durante el siglo xv la obra latina y la obra en vulgar siguieron

muchas veces caminos distintos pero, como se ha señalado más arriba, no es menos cierto que, fuera de la tradición filosófico-moral, el Petrarca latino —que, por cierto, no siempre venía en latín: hemos tenido que hablar de traducciones castellanas, italianas y hasta francesas— era también parte del lote italiano: las obras latinas y la poesía italiana estuvieron juntas con relativa frecuencia —no en los manuscritos, pero sí en las bibliotecas— y, en el peor de los casos, sobre el Petrarca en vulgar se mantuvo casi siempre —si no siempre— la sombra imponente del Petrarca latino. Raras veces podrá decirse lo mismo a lo largo del siglo XVI.

APÉNDICE

La presencia de Petrarca en España anterior al petrarquismo por excelencia ha sido objeto de numerosos estudios. De entre los pioneros, son todavía útiles los de B. Sanvisenti (*I primi influssi di Dante del Petrarca e del Boccaccio sulla letteratura spagnuola*, Milán, Hoepli, 1902) y, sobre todo, A. Farinelli («Petrarca in Ispagna nell'Età Media», en su *Italia e Spagna*, Turín, Bocca, 1929, págs. 1-88, que es la versión más completa de sus diversos trabajos sobre esta cuestión); son importantes el capítulo 1 y el apéndice 1 de A. D. Deyermond, *The petrarchan sources of «La Celestina»*, Oxford, Oxford University Press, 1961, págs. 7-35 y 122-142, así como el libro de M. P. Manero Sorolla que cito unas líneas más abajo. Para la época reciente disponemos, en cualquier caso, de las siguientes bibliografías: J. G. Fucilla, *Oltre un cinquantennio di scritti sul Petrarca (1916-1973)*, Padua, Antenore, 1982, págs. 285-292 específicamente para el petrarquismo español; G. Crevatin, «Rassegna petrarchesca 1970-1972», *QP*, 1, 1983, págs. 203-269; G. Mazzei, «Rassegna petrarchesca, II (1973-1975 e Addenda 1970-1972)», *QP*, VI, 1989, págs. 99-296; P. Pieretti, «Bibliografia petrarchesca, 1964-1973», *SP*, IX, 1978, págs. 203-246; B. Basile, «In margine a un centenario. Rassegna petrarchesca», *LI*, XVII, 1975, págs. 309-342; Id., «Rassegna petrarchesca (1975-1984)», *LI*, XXXVII, 1985, págs. 230-253; F. Finotti, «Rassegna petrarchesca (1985-1990)», *LI*, XLIII, 1991, págs. 412-455; L. Marcozzi, *Bibliografia petrarchesca 1989-2003*, Florencia, Olschki, 2005; y *Petrarkismus-bibliographie 1972-2000*, hrsg. von K. W. Hempfer, G. Regn und S. Scheffel, Stuttgart, Franz Steiner, 2005, págs. 111-132. Actualmente, la mejor visión de conjunto es la que puede extraerse de los estudios de F. Rico citados en las notas 4 y 12 —matizados los primeros por los segundos—, a los que debe añadirse por lo menos el capítulo «Para el Curial», en su *Primera cuarentena y Tratado general de literatura*, Barcelona, El Festín de Esopo, 1982, págs. 89-90; este panorama se complementa ahora óptimamente con el catálogo de códices petrarquescos en España llevado a término por M. Villar y citado en la nota 2. Deben tenerse en cuenta también M. P. Manero Sorolla, *Introducción al estudio del petrarquismo en España*, Barcelona, PPU, 1987 y A. D. Deyermond, «The double petrarchism of medieval Spain», *Journal of the Institute of Romance Studies*, 1, 1992, págs. 69-85, este último sobre todo en lo que respecta a la influencia real de Petrarca en la poesía española del siglo XV. Para el caso muy particular de la presencia de Petrarca en las letras catalanas —de extraordinaria importancia, como se ha visto, ya desde los últimos años del siglo XIV y a lo largo de todo el XV—, creo que puede partirse de la bibliografía aducida en las notas 4, 12 y 23 —además, siempre, del volumen indispensable de M. Villar—; añádanse los trabajos

que cito en el párrafo siguiente así como las exposiciones de conjunto que se encuentran en J. Butiñá, «El humanismo catalán», *eHumanista*, VII, 2006, págs. 28-36, Ead., «Petrarca en las letras catalanas del siglo XIV», *Revista de poética medieval*, XVIII, 2007, págs. 87-III, y L. Badia i Pàmies, «“Volent escriure a vostra consolació e plaer”: Metge, Corella i altres mestres de la prosa catalana dels segles XIV i XV», *Catalan historical review*, III, 2010, págs. 185-195.

Una contribución reciente parece haber aclarado que la presencia del *Africa* en la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral, ca. 1430 —sobre la que llamó la atención M. de Riquer, «El *Africa*, de Petrarca, y la *Crónica sarracina*, de Pedro del Corral», *Revista de bibliografía nacional*, IV, 1943, págs. 293-295—, se debe a la mediación de los fragmentos traducidos al catalán por Antoni Canals: J. Pujol, «El *Escipió e Anibal* de Antoni Canals y la traducción romance de las tragedias de Séneca en la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXII, 2002, págs. 275-307. (Las citas de Enrique de Villena del *Africa*, el *Bucolicum carmen* y los *Rerum memorandarum libri* merecen un análisis detenido: cf. Deyermont, *The petrarchan sources*, págs. 19-21). Sobre la fortuna de la Griselda en general es obligado remitir a V. Branca, «Sulla diffusione della Griselda petrarchesca», *SP*, VI, 1956, págs. 221-224, y ahora a G. Albanese, «Fortuna umanistica della Griselda», *QP*, IX-X, 1992-1993, págs. 571-627. Para el caso de Metge bastará remitir a G. Tavani, «La Griseldis de Petrarca i la Griselda de Bernat Metge», *Els marges*, XVI, 1979, págs. 99-104 [= Id., *Per una història de la cultura catalana medieval*, Barcelona, Curial, 1996, págs. 158-171] y a J. Butinyà, *Del Griselda català al castellà*, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres, 2002, donde se encontrarán referencias más detalladas; contiene también algunos fragmentos traducidos al catalán el *Recull d'exemples i miracles ordenat per alfabet*, al parecer de mediados del s. XV (ed. J. A. Ysern Lagarda, Valencia, Universitat de València, 1994 [= Barcelona, Barcino, 2004]). La versión contenida en los *Castigos y doctrinas que un sabio daba a sus hijas*, una colección de cuentos dirigida al público femenino que se data en la segunda mitad del s. XV (núm. 16 Villar), puede leerse ahora en *Cuento y novela corta en España. 1. Edad Media*, edición de M.^a J. Lacarra, prólogo general de M. Chevalier, Barcelona, Crítica, 1999, págs. 402-407, con la oportuna bibliografía; la Griselda que aparece por primera vez en el *Decamerón* sevillano de 1496 —reeditado después varias veces— procede al parecer de una traducción francesa de la Griselda petrarchesca, y la volvemos a encontrar en un impreso exento de mediados del s. XVI: baste remitir a J. C. Conde - V. Infantes, eds., *La Historia de Griseldis (c. 1544)*, Viareggio y Lucca, Baroni, 2000, especialmente págs. 39-56, y J. C. Conde, «Un aspecto de la recepción del *Decamerón* en la Península Ibérica, a la sombra de Petrarca. La historia de Griselda», *Cuadernos de filología italiana*, VII-IX, 2001, págs. 351-371, que da cuenta también de la versión recogida en la *Suma de todas las crónicas del mundo* (1510). Por lo que hace a su presencia en el *Patrañuelo* —y aunque entramos ya de lleno en el s. XVI—, parece ser que Timoneda depende de la traducción de Bernat Metge: J. Romera Castillo, «El doble filo de la *imitatio*: la “Patraña segunda” de J. Timoneda», en *Crítica textual y anotación filológica en obras del Siglo de Oro. Actas del Seminario internacional para la edición y anotación de textos del Siglo de Oro* (Pamplona, Universidad de Navarra, abril de 1990), ed. I. Arellano y J. Cañedo, Madrid, Castalia, 1991, págs. 459-491 [= Id., *Calas en la literatura española del Siglo de Oro*, Madrid, UNED, 1998, págs. 340-372]. Sobre la tempranísima antología catalana del *De remediis* y la fallida traducción de Hernando de Talavera, véanse las notas 4 y 5; sobre el florilegio del

De remediis citado en la nota 5 ha tratado recientemente M. J. Muñoz Jiménez, «Flores sumpte a magistro Petrarca laureato en el ms. 981 de la Biblioteca de la Abadía de Montserrat», en *Auctor et auctoritas in Latinis Medii Aevi litteris. VI Convegno dell'Internationale Mittellateiner Komitee (Benevento, 10-14 novembre 2010)*; saliéndonos de los límites cronológicos convenidos, merece la pena señalar que una pequeña parte de la traducción de Francisco de Madrid fue editada en F. Petrarca, *Obras. I. Prosa*, ed. F. Rico, Barcelona, Alfaguara, 1978, págs. 411-470, y para su influencia en algunos diálogos castellanos del XVI cabe remitir a J. Gómez, «Dos consideraciones sobre la presencia de Petrarca en España y el diálogo *De remediis utriusque Fortunae*», *Dicenda*, IX, 1990, págs. 139-149. Encuentra un eco del *De remediis* en el *Curial e Güelfa* —sobre el cual véase la mención de Rico en el párrafo anterior— J. Butiñá, *Tras los orígenes del Humanismo. El «Curial e Güelfa»*, Madrid, UNED, 2001. Sobre la traducción de las *Invective contra medicum* de Hernando de Talavera (véase la nota 4), tenemos ahora A. Baldissera, «Petrarca ispanizzato: le *Invectivas o reprehensiones contra el médico* di Hernando de Talavera», *Revista de poética medieval*, XVIII, 2007, págs. 53-73. El ms. que contiene la traducción de los *Psalmi penitentiales* citada en la nota 21 es uno de los cinco que transmite la traducción castellana del *Fedón* por Pero Díaz de Toledo: N. G. Round, «Libro llamado Fedrón». *Plato's «Phaedo» translated by Pero Díaz de Toledo*, Londres y Madrid, Támesis, 1993, págs. 205-207. Parece que se atestigua una presencia muy temprana del Petrarca moral en Diego de Moxena, que sería aún más interesante si realmente hubiera que identificarlo con Diego de Valencia: I. Vázquez Janeiro, «El maestro salmantino Diego Moxena de Valencia, lector de Dante y Petrarca», *Salmanticensis*, XI, 1994, págs. 397-432. Aparece también muy pronto —a principios del s. XV, según todos los indicios— la traducción catalana de *Fam.*, XII 2, «Letra de reials custums», conservada en dos mss. (núms. 3 y 53 Villar) y presente en el capítulo 143 de *Tirant lo Blanc*, de la que a su vez dependen las que parecen ser dos traducciones castellanas distintas («Letra de reales costumbres», núms. 56 y 77 Villar). Sobre la traducción catalana y su presencia en el *Tirant* me limito a remitir ahora a C. Wittlin, «L'antiga traducció catalana anònima de la "Letra de reials custums" de Petrarca i el capítol 143 del *Tirant lo Blanc*», en *Miscel·lània Giuseppe Tavani. III. Estudis de llengua i literatura catalanes*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2002, págs. 37-64; sobre el gusto y los intereses tan poco innovadores que delata la traducción de esta epístola, que naturalmente corría exenta por toda Europa con diversos títulos (*De institutione regia*, *De regimine principum*, etc.), vuelvo a remitir al estudio indispensable de Rico, «Petrarca y el 'humanismo catalán'», págs. 167-169, citado en la nota 12.

Para la traducción castellana de las vidas de Dante y Petrarca de Leonardo Bruni, probablemente encargada por el Marqués de Santillana (núm. 68 Villar), tenemos ahora el estudio —con edición del texto— de G. Mazzocchi - P. Pintacuda, «La versione castigliana quattrocentesca delle *Vite di Dante e del Petrarca* di Leonardo Bruni», en *Rapporti e scambi tra Umanesimo italiano ed Umanesimo europeo*, a cura di L. Rotondi Secchi Tarugi, Milán, Nuovi Orizzonti, 2001, págs. 439-489. Repárese en que Bruni escribió su opúsculo en 1436. Sobre otras vidas que empiezan a circular en España entre el s. XV y el XVI —y sobre otros aspectos de la fortuna hispana de Petrarca— véase J. M. Valero Moreno, «"Sotto le stelle del Petrarca": vidas cruzadas. Un episodio del petrarquismo en España», *Revista de filología española*, LXXXIX, 2009, págs. 329-348.

La moda que consiste en imitar de una manera bien determinada al Petrarca de los *Rerum vulgarium fragmenta*, y que se extiende por toda Europa desde las primeras décadas

del Quinientos y a lo largo, aproximadamente, de todo el siglo, es la faceta más conocida y mejor estudiada de la historia de la influencia petrarquesca en España. El petrarquismo, en esta acepción estrecha y habitual, suele hacerse comenzar en España en 1526, cuando Andrea Navagero insta a Juan Boscán a probar en castellano «sonetos y otras artes de trobas usados por los buenos autores de Italia»: Boscán y Garcilaso hacen bandera de este nuevo italianismo para renegar de la poesía castellana anterior e introducen en España la misma revolución que acabará extendiéndose por toda Europa. Aunque la parte sustancial de este movimiento cae fuera de los límites de este artículo, interesa sin embargo constatar que, una vez más en relación con el Petrarca vulgar, los poetas españoles fueron de los primeros en importar la moda italiana; es más: la fecha de 1526 debe adelantarse para abarcar todo el primer cuarto del siglo XVI—y los últimos años del anterior— si queremos dar cuenta también de una manera de «buscar ciertos materiales en Petrarca y elaborarlos en una dirección deliberadamente no petrarquesca» que encontramos en la poesía inmediatamente anterior a la mencionada fecha. Para este punto debe partirse de F. Rico, «De Garcilaso y otros petrarquismos», *Revue de littérature comparée*, LII, 1978, págs. 325-338 (de donde procede la cita anterior, pág. 333), e Id., «A fianco di Garcilaso: poesia italiana e poesia spagnola nel primo Cinquecento», *SP*, n.s., IV, 1987, págs. 229-236. Otros aspectos de la presencia de Petrarca en la poética castellana del XV —o primerísimos años del XVI— se encontrarán tratados en G. Caravaggi, «Petrarch in Castile in the fifteenth century: the *Triumfete de Amor* by the Marquis of Santillana», en *Petrarch's «Triumphs». Allegory and spectacle*, ed. by K. Eisenbichler and A. A. Iannucci, Toronto, University of Toronto, 1990, págs. 291-306, R. Recio, *Petrarca en la Península Ibérica*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1996 (sobre la fortuna de los *Triunfos*), G. M. Cappelli, «Scontri tra culture e scontri nelle culture. Italia e Spagna tra Quattro e Cinquecento», *Cuadernos de filología clásica. Estudios latinos*, XXIV, 2004, págs. 293-302, M. Hernández Esteban - M. López Suárez, «La recepción del petrarquismo en España a través de los comentaristas: hipótesis de trabajo», *Cuadernos de filología italiana*, XII, 2005, págs. 71-83, L. Francalanci, «La traduzione catalana del commento di Bernardo Illicino ai *Triumphs* del Petrarca: alcune novità a proposito del modello italiano», *Quaderns d'italià*, XIII, 2008, págs. 113-126 (junto con Id., «Il commento di Bernardo Illicino ai *Triumphs* di Petrarca e la sua diffusione europea: alcune questioni di metodo», *Studi di filologia italiana*, LXIV, 2006, págs. 143-154), E. Pérez Bosch, «Acercas del petrarquismo cuatrocentista: los poetas valencianos del *Cancionero general*», en «*Convivio*». *Estudios sobre la poesía de cancionero*, eds. V. Beltrán y J. Paredes, Granada, Universidad de Granada, 2006, págs. 685-702, J. Whetnall, «Las transformaciones de Petrarca en cuatro poetas de cancionero: Santillana, Carvajales, Cartagena y Florencia Pinar», *Cancionero general*, IV, 2006, págs. 81-108, G. Serés, «La poética de Petrarca y el Humanismo castellano del siglo XV», *Euphrosyne*, XXXIII, 2005, págs. 85-107, y en muchos de los estudios recogidos en el volumen monográfico de la *Revista de poética medieval* (XVIII, 2007) titulado *Estudios sobre el nuevo petrarquismo: un aspecto fundamental de las relaciones culturales hispano-italianas*, ed. R. Recio, y en *El «Canzoniere» de Petrarca en Europa: ediciones, comentarios, traducciones y proyección. Actas del Seminario Internacional Complutense 10-12 de noviembre de 2004*, ed. M. Hernández Esteban, Madrid 2005, número extraordinario de *Cuadernos de filología italiana*. (Recientemente se ha propuesto la presencia del *Canzoniere* en el final

del relato de Rodríguez del Padrón: A. Cortijo Ocaña, «El *Siervo libre de amor* y Petrarca: a propósito del motivo de la nave», *Revista de poética medieval*, XVIII, 2007, págs. 133-154). Para las traducciones de los *Triumphs* y el *Canzoniere*—en realidad, también para las de las obras latinas, tanto al castellano como al catalán— el repertorio más completo y más cómodo es el que puede encontrarse en *Proyecto Boscán. Catálogo de las traducciones españolas de obras italianas (hasta 1939)* [en línea] <http://www.ub.edu/boscan>.

Me temo que no sabemos nada seguro y, al mismo tiempo, interesante acerca de las relaciones que Petrarca pudo haber tenido a lo largo de su vida con los hombres de letras de los reinos hispánicos. Parece ser que en alguna ocasión encargó manuscritos «*etiam in Hispanias*» (*Sen.*, XVI I y también *Fam.*, III 18, 15). Sobre el famoso episodio del encuentro con el cardenal Gil Albornoz en 1353—quizá irrelevante para nuestro propósito aquí— pártase de E. H. Wilkins, *Petrarch's eight years in Milan*, Cambridge Mass., The Mediaeval Academy of America, 1958, págs. 31-34; sobre sus relaciones con otros españoles véase la reseña de A. Farinelli a B. Croce, *Primi contatti fra Spagna e Italia* (Nápoles 1893), *Giornale storico della letteratura italiana*, XXIV, 1894, págs. 202-231, recogido—con numerosas adiciones— en su *Italia e Spagna* ya citado, II, págs. 1-67, particularmente págs. 51-54 (para la carta a Gómez Albornoz, sobrino del cardenal, véase E. H. Wilkins, *Petrarch's later years*, Cambridge Mass., The Mediaeval Academy of America, 1959, págs. 226-228). Se ha señalado la posibilidad de que al Canciller Ayala le hubiera llegado algo de Petrarca a través de su tío abuelo Pedro Gómez Barroso, 'el cardenal de España', que murió en Aviñón en 1348 (O. Di Camillo, *El Humanismo castellano del siglo xv*, Valencia, Fernando Torres, 1976, pág. 27); quizá sea más interesante constatar la existencia de otro Pedro Gómez Barroso († 1374), sobrino del anterior y obispo de Lisboa, que fue uno de los primeros en leer el *De vita solitaria*. En efecto, en junio de 1366 Petrarca hizo público el texto de dicha obra enviándoselo a su íntimo amigo—y destinatario del libro— Philippe de Cabassole, obispo de Cavaillon; de la carta con la que este le contestó—y que no conservamos— se hace eco Petrarca en *Sen.*, VI 9 (8 de agosto de 1366, al parecer): según aquel, el Papa y Gui de Boulogne deseaban sendas copias—«miraculo», dice Petrarca—, y lo habían leído «avidissime et de eo multa certatim honorifice locutos» Pierre d'Ameil y nuestro Gómez Barroso. No debió de ser casualidad que este estuviera entre aquellos primerísimos lectores del *De vita*: si es cierto lo que dice Petrarca en la citada *Sen.*, VI 9, Philippe de Cabassole le había hablado de él más de una vez («non nisi per famam et [...] per litteras tuas novi»); por otro lado, no puede dejar de tenerse en cuenta que Gui de Boulogne, poderosísimo cardenal muy afecto a Petrarca hasta que la cuestión de la sede papal empezó a radicalizarse (véase aún P. de Nolhac, *Pétrarque et l'humanisme*, París, Honoré Champion, 1907² [= Ginebra, Slatkine, 2004], II, págs. 310-311), era obispo de Oporto—y Barroso, como queda dicho, de Lisboa—. En cualquier caso, habría que empezar por precisar en qué pudo haber consistido dicha deuda del Canciller con Petrarca. (Sobre los Barroso y su relación con los Ayala véase M. García, *Obra y personalidad del Canciller Ayala*, Madrid, Alhambra, 1982). Merece una mención la leyenda del viaje de Petrarca por la Península Ibérica: véase A. Foresti, «Di ritorno a Roma», en sus *Aneddoti della vita di Francesco Petrarca*, nuova edizione corretta e ampliata dall'autore, Padua, Antenore, 1977 (1.^a ed. 1928), págs. 50-63, y, para su vigencia entre los autores españoles, el citado artículo de A. Farinelli, *Petrarca in Ispagna*, págs. 3-4. En fin, tampoco quiero dejar sin recordar siquiera la divertida especie—que todavía se encuentra, por ejemplo, en Fos-

colo— de que Petrarca habría plagiado, en su *Cancionero*, a Ausias March y a Jordi de Sant Jordi: véase al respecto la exposición de G. J. Ferrazzi, *Bibliografia petrarchesca*, Bassano, Sante Pozzato, 1877 [= Bolonia, Forni, 1977], págs. ix-x y xxiii-xxvii.

Sobre los testimonios hispánicos de los textos antiguos descubiertos o difundidos por Petrarca falta, como decía, un rastreo sistemático, pero también es cierto que la responsabilidad de Petrarca en el conocimiento de dichos textos se difumina a medida que nos alejamos del momento de su intervención. Sobre los avatares del texto de Livio —y sobre los que originó el deseo de tenerlo— a finales del siglo XIV y durante buena parte del XV, véase Rico, «Petrarca y el 'humanismo catalán'», citado en la nota 12, y la bibliografía allí aducida. Para la estrecha relación entre los textos geográficos antiguos puestos en circulación por Petrarca y la empresa de Cristóbal Colón véanse G. Billanovich, «Ancora dalla antica Ravenna alle biblioteche umanistiche», en su *Dal Medioevo all'Umanesimo*, Milán, CUSL, 2001, págs. 25-95 (= *IMU*, xxxvi, 1993, págs. 107-174; versiones anteriores se publicaron en *Aevum*, xxx, 1956, págs. 319-353 y en el *Annuario dell'Università Cattolica del Sacro Cuore*, Milano, 1955-1957, págs. 71-107), F. Rico, «Giuseppe Billanovich», *Anuario de estudios medievales*, ix, 1974-1979, págs. 641-647 e Id., «El nuevo mundo de Nebrija y Colón», citado en la nota 11. Sobre el Séneca trágico con glosas de puño y letra de Petrarca que se conserva en El Escorial (T III II, núm. 26 Villar) basta remitir a A. C. de la Mare, «New light on the circulation of the A-text of Seneca's *Tragedies*. II. Petrarch's manuscripts of the *Tragedies*», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, xl, 1977, págs. 286-290; sobre un manuscrito (Madrid, BNE, 9116) con buena parte de las obras filosóficas de Cicerón que es copia de un códice perdido de Petrarca y en el que se conservan las apostillas del original, véase L. D. Reynolds, «The transmission of the *De finibus*», *IMU*, xxxv, 1992, págs. 1-30, especialmente págs. 25-26, Id., «Petrarch and a Renaissance corpus of Cicero's *philosophica*», en *Formative stages of classical traditions: Latin texts from Antiquity to the Renaissance. Proceedings of a conference held at Erice, 16-22 October 1993, as the 6th Course of International School for the Study of Written Records*, ed. by O. Pecere and M. D. Reeve, Spoleto, Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, 1995, págs. 409-433, e Id., «Petrarch and Cicero's philosophical works», *Les cahiers de l'Humanisme*, 1, 2000, págs. 37-52. También se ha solido señalar (véase sólo Billanovich, *Petrarca letterato*, pág. 392, citado en la nota 19) la presencia en España de un manuscrito de las *Periochae* de Livio (El Escorial, BRME, S III 21, núm. 25 Villar) que descendería de un ejemplar anotado por Petrarca, pero parece que no hay tal: M. D. Reeve, «Recovering annotations by Petrarch», *QP*, ix-x, 1992-1993, págs. 333-348, 335. En otro lugar trataré de mostrar que un Terencio que está encuadernado junto con el Séneca ya aludido de El Escorial (otra vez, por tanto, T III II, núm. 26 Villar), así como el de Pere Miquel Carbonell (Barcelona, BC, 623, núm. 6 Villar), son también en última instancia de ascendencia petrarquesca.

En fin, buena parte de mi argumentación parte del contraste entre la fortuna española de Petrarca y la que tuvo en algunos de los países vecinos y, así, he citado los trabajos que creo más importantes sobre su pervivencia en el conjunto de Europa; no he dado detalles —por ejemplo cronológicos— sobre la historia de la obra de Petrarca en dichas tierras por no cargar excesivamente mi exposición con datos que, en general, no son objeto de discusión. Para los casos de Francia, Inglaterra y Alemania disponemos de los volúmenes correspondientes del «Censimento dei codici petrarcheschi» (con la parcial salvedad de la antigua República Democrática de Alemania): E. Pellegrin, *Manuscrits de Pétrarque dans les*

bibliothèques de France, Padua, Antenore, 1966; N. Mann, *Petrarch manuscripts in the British Isles*, Padua, Antenore, 1975; y A. Sottili, *I codici del Petrarca nella Germania Occidentale*, Padua, Antenore, 1971 y 1978. Por lo que hace a la difusión impresa de su obra —que aquí nos interesa un tanto parcialmente—, y además del artículo de Dionisotti citado en la nota 19, puede partirse ahora de A. Coroleu, «Apuntes sobre las ediciones latinas de Petrarca en la Europa del siglo XVI», *Euphrosyne*, XXXIII, 2005, págs. 67-75; para la presencia en España de estos libros no cabe sino recurrir a la información en bruto que se encuentra en *Catálogo general de incunables en bibliotecas españolas*, dir. F. García Craviotto, Madrid, Dirección General del Libro y Bibliotecas, 1988-1990, II, págs. 73-76 (y J. Martín Abad, *Catálogo general de incunables en bibliotecas españolas. Adiciones y correcciones*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1991-1994), o echar mano de catálogos más recientes de bibliotecas concretas. Aspectos más particulares de la transmisión impresa en G. Bottari, «In margine ad antiche edizioni del Petrarca», en *Francesco Petrarca: da Padova all'Europa. Atti del convegno internazionale di studi Padova, 17-18 giugno 2004*, a cura di G. Belloni, G. Frasso, M. Pastore Stocchi e G. Velli, Roma y Padua, Antenore, 2007, págs. 145-184, y la bibliografía que cita. Los estudios más generales sobre la fortuna de Petrarca han sido ya aducidos en las notas al pie, y en ellos se encontrarán los detalles necesarios a los que hacía referencia unas líneas más arriba; en cualquier caso, pueden verse al respecto los repertorios bibliográficos de Fucilla y Manero Sorolla ya citados, así como el artículo clásico de Wilkins aducido en la nota 3; los volúmenes colectivos que menciono a continuación contienen también numerosos artículos —cierto que guiados por intereses muy desiguales— sobre la pervivencia de Petrarca en Europa: *Actes du congrès international Francesco Petrarca*, Aviñón, Aubanel, 1974; *Il Petrarca ad Arquà. Atti del convegno di studi nel VI centenario (1370-1374)*. (*Arquà Petrarca, 6-8 nov. 1970*), ed. G. Billanovich, G. Frasso, Padua, Antenore, 1975; *Traduzione e tradizione europea del Petrarca. Atti del III convegno sui problemi della traduzione letteraria (Monselice, 9 giugno 1974)*, Padua, Antenore, 1975; *Convegno internazionale Francesco Petrarca (Roma, Arezzo, Padova, Arquà-Petrarca 24-27 aprile 1974)*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1976; *Petrarca, Verona e l'Europa. Atti del convegno internazionale di studi (Verona, 19-23 settembre 1991)*, ed. G. Billanovich, G. Frasso, Padua, Antenore, 1997; *Petrarca e la cultura europea*, ed. L. Rotondi Secchi Tarugi, Milán, Nuovi Orizzonti, 1997; *Dynamique d'une expansion culturelle. Pétrarque en Europe, XIV^e-XX^e siècle. Actes du XXVI^e congrès international du CEFI, Turin et Chambéry, 11-15 décembre 1995. À la mémoire de Franco Simone*, ed. P. Blanc, Paris, Honoré Champion, 2001; *Petrarca 700 anos*, ed. R. Marnoto, Coimbra, Instituto de Estudos Italianos, 2005; *Francesco Petrarca, l'opera latina: tradizione e fortuna. Atti del XVI convegno internazionale (Chianciano-Pienza 19-22 luglio 2004)*, a cura di L. Secchi Tarugi, Florencia, Franco Cesati, 2006; *La postérité répond à Pétrarque. Sept siècles de fortune pétrarquienne en France. Actes du colloque tenu à l'Hôtel de Sade et à l'Université d'Avignon et des Pays de Vaucluse les 22, 23, 24 janvier 2004*, ed. È. Duperray, Paris, Beauchesne, 2006; *Petrarca e il suo tempo*, Milán, Skira, 2006; K. A. E. Enenkel - J. Papy, eds., *Petrarch and his readers in the Renaissance*, Leiden y Boston, Brill, 2006; *Petrarca europeo*, a cura di G. M. Anselmi, L. Tassoni e B. Tombi, Bolonia, Gedit, 2008; *Sorte e ragione: Petrarca in Europa*, ed. L. Ritter Santini, Turín, Aragno, 2008.

ÍÑIGO RUIZ ARZÁLLUZ

Universidad del País Vasco